

Mario Vargas Llosa y su lucha por la democracia

Luis Rivas Rivas

Hasta los más enconados adversarios del escritor laureado se ven hoy precisados – a regañadientes, algunos– a reconocer su excepcional talento. Muy pocas veces un Premio Nobel ha gozado de un consenso tan elocuente. Desde que en los años sesenta revolucionó la técnica de la narrativa hispanoamericana con tres novelas excelentes, el asunto estaba fuera de discusión.

Es verdad que hubo entonces algunas críticas en Lima pero éstas eran muy ingenuas, producto de nuestra escasa familiaridad con las innovaciones de la novela experimental. Por ejemplo, alguien sostuvo en un Congreso de Literatura Iberoamericana (1971) que la estructura de “La casa verde” era mero artificio. No había percibido que la técnica narrativa empleada por Vargas Llosa en esa novela obedecía a razones de estructura interna que le conferían mayor intensidad y fuerza suasoria al texto.

Lo que ocurría en verdad era que en nuestro medio, acostumbrados al relato lineal de la novela indigenista y de la joven narrativa urbana, las innovaciones de M.V. Ll. desconcertaban a muchos lectores. Esto pese al esfuerzo de Carlos Eduardo Zavaleta, quien se había empeñado en difundir a novelistas que, en otras latitudes, habían revolucionado la narrativa, como Faulkner, Joyce, Dos Passos.

En la década del setenta, el entonces joven novelista –quizá en respuesta a quienes veían en *La ciudad y los perros* (1963), *La casa verde* (1966) y *Conversación en la catedral* (1969) una actitud fatalista, un cierto determinismo ambiental que frustraba a sus personajes retorciendo sus destinos– introdujo en sus obras un elemento que se había echado de menos: el humor. El hoy laureado Premio Nobel confiesa que “Pantaleón y las visitadoras” (1973) la escribió a carcajadas. Y en “La tía Julia y el escribidor” (1977) los ingredientes jocosos atenúan los momentos emotivos – transfigurados por la ficción, desde luego– de su romance con Julia Urquidí o caricaturizan las radionovelas del personaje Pedro Camacho.

Fue entonces notorio un cambio en un sector de la crítica. Aparentemente, el giro se debía a que estas obras eran consideradas menores comparadas con las del decenio anterior, pero, en verdad, había razones extraliterarias de por medio. Antes

del caso Padilla, Vargas Llosa, aunque seguramente sorprendido de que Cuba guardara silencio frente a la invasión soviética a Checoslovaquia, quiso seguir creyendo que el castrismo llevaría adelante una revolución con libertad, con respeto a los derechos humanos. Pero la pública humillación que sufrió el poeta Heberto Padilla, quien fue obligado a autoinculparse de la manera más vergonzosa, lo convenció de que el dictador cubano seguía todos los métodos del estalinismo: someter a quien mostrara la más leve disidencia a torturas físicas y psicológicas para obligarlo a declararse autor de horrendos delitos.

Sobrevino entonces la ruptura de M. V. LI. con la dictadura de La Habana. La concretó en dos cartas, una de ellas –que él redactó– estaba dirigida al dictador, y la suscribían otros treinta y seis intelectuales de diferentes latitudes, quienes, como el novelista peruano, habían sido, hasta aquel incidente, simpatizantes de la revolución cubana. La otra carta contenía su renuncia a la revista Casa de las Américas, de cuyo comité había sido miembro desde 1965.

Desde aquellos días llovieron sobre el escritor las diatribas más furibundas y las calumnias más delirantes por parte de los simpatizantes de las ideas totalitarias y sus “compañeros de viaje” Pero esto no lo arredró en lo más mínimo. Ya antes (1966) se había pronunciado contra la condena por disidencia de dos escritores en la Unión Soviética. Y aquí en el Perú, frente a los desmanes de la dictadura militar de los años setenta –en cuyas reformas inicialmente depositó alguna esperanza–, protestó, en carta abierta al general Velasco, por la clausura de la revista “*Caretas*”, último bastión de la prensa libre a nivel nacional, pues ya se había clausurado *Sociedad y política*, *Oiga* y se había producido el avasallamiento de todos los medios de comunicación de circulación nacional.

Progresivamente, Vargas Llosa se fue desengañando de las utopías colectivistas. Fue asumiendo que, si bien es hermoso el ideal de una sociedad perfecta en la que la sabiduría y buena voluntad de unos hombres extraordinarios logren un paraíso en la tierra con justicia social y respeto a los derechos humanos; en la práctica los sistemas totalitarios que tal bandera agitaban, terminaban acaparando el poder abusivamente y cercenando todas las libertades y pisoteando todos los derechos de sus pueblos.

Así lo expresa en un comentario a la novela de Aldous Huxley *Un mundo feliz* –que, contrariamente a lo que ha creído hace poco un columnista limeño, no trata de un mundo dichoso sino de todo lo contrario, cuyo título original es *Brave New World*–, escrito en Tumbes en diciembre de 1988 y recogido en *La verdad de las mentiras (2002)*, dice: “La idea de una sociedad perfecta organizada por la sabiduría de ciertos

hombres superiores, ha perseguido a la humanidad, por lo menos desde los tiempos de Platón, cuya *República* es la primera de esa larga secuencia de utopías concebidas en Occidente”.

“Una diferencia capital distingue, sin embargo, a los utopistas de la antigua Grecia, el Renacimiento y los siglos XVIII y XIX de los del siglo XX. En nuestra época, aquellas ‘sociedades perfectas’ –descritas, por ejemplo, por H. G. Wells en *A Modern Utopia*, el ruso Zamiatin en *Nosotros*, por *Brave New World* de Huxley, o *1984* de Orwell– no simbolizan, como los clásicos, la felicidad del paraíso venido a la tierra, sino las pesadillas del infierno encarnado en la historia”.

Y explica luego cuál es la razón de una diferencia tan radical “Ocurre que la mayoría de los utopistas modernos, a diferencia de un Saint-Simon, un Francis Bacon o un Kropotkin que sólo podían *imaginar* aquellas sociedades enteramente centralizadas y planificadas por un esquema racional, han conocido ya lo que en la práctica puede significar semejante ideal: los mundos concentracionarios del fascismo y del comunismo. Esta experiencia cambió la valencia de la utopía en nuestra época: ahora sabemos que la búsqueda de la perfección absoluta en el dominio social conduce, tarde o temprano, al horror absoluto”.

Desde luego, Vargas Llosa llegó a estas conclusiones después de un análisis y una reflexión muy detenidos. La comprobación de que Cuba no era la cristalización de una utopía sino un espejismo tramposo que eliminaba o destruía sin misericordia al que se atrevía a ejercer el derecho de pensar sin someterse al infalible jefarca, lo condujo a una búsqueda de otra vía de solución para la injusticia social.

Desde sus años universitarios había visitado la Amazonía y zonas deprimidas de la Cordillera en el Perú y estaba convencido que no era honesto ni humano permanecer indiferente ante tanta miseria. Un viaje transversal en el país era como un retorno a la prehistoria.

En esa búsqueda el escritor encontró –como ha precisado Carlos Granés– a dos pensadores que leyó con mucho interés: Jean-Francois Revel e Isaiah Berlin. A Revel no le interesaban las teorías sino los hechos. Por eso, criticaba a los intelectuales que, por defender la ideología, se negaban a ver las atrocidades del totalitarismo estalinista y afirmaba que no era en los sistemas totalitarios, ya anquilosados, sino en las democracias donde se estaban produciendo avances en las conquistas de los derechos humanos. Y Berlin enfatizaba que “el sueño de la Ilustración de que las sociedades recorrerían la ruta del progreso guiados por la ciencia y la razón partía de

una premisa errónea. Ni la ciencia ni la razón ofrecen respuestas únicas y definitivas a las preguntas fundamentales del ser humano”. “Si se quiere evitar la opresión, no hay más remedio que fomentar el pluralismo, la tolerancia y la libertad”.

Estos serían algunos de los autores que gravitaron en el pensamiento de Vargas Llosa. Así se advierte en su obra de creación y en sus ensayos. En su novela *La guerra del fin del mundo*, inspirada en una historia real de Canudos en el Brasil del siglo XIX, vemos la tragedia que desencadenan el prejuicio, el sectarismo y la recíproca intolerancia. Un grupo de creyentes que, a falta de sacerdotes son liderados por un laico dedicado a reconstruir iglesias y a una vida piadosa, deciden formar una comunidad fraterna. Pero los dos bandos en pugna, los republicanos y los monarquistas, no creen en su religiosidad, piensan que son guerrilleros al servicio de sus adversarios. Y el gobierno los aniquila con feroz ataque de artillería. Cuando fueron a ver a los supuestos guerrilleros derrotados, encontraron humildes cristianos que habían muerto de rodillas orando a Dios.

En suma, tanto las novelas (*La fiesta del chivo*, por ejemplo) como los ensayos de Mario Vargas Llosa (*Sables y utopías*, verbigracia) son alegatos convincentes en defensa de la libertad y la democracia.